

MÁRMOL, MANUEL MARÍA DEL (1769-1840)

*COLECCIÓN DE POESÍAS DIVERSAS*

ÍNDICE:

TARFIRA: LA DEFENSA DE SEVILLA

1  
Naves salen, naves salen

2  
Por sereno mar resbalan

3  
A la celeste balanza

4  
Serenos ya mar y cielo

5  
La noche desde los cielos

6  
Ya los candidos caballos

7  
Hay un escondido valle

8  
En un poderoso tordo

9  
Arroja lejano Polo

10  
Llenas de gozo las almas

11  
Con escogidos ginetes

12

Antes que la negra noche

CELINDA ZELOSA

REDUAN Y GAZUL

DARAJA ZELOSA

EN LA MUERTE DE ABENAMAR

1

«Rio verde, rio verde,

2

Sobre el Alhambra retumba

3

En la ciudad de Granada

TARFIRA: LA DEFENSA DE SEVILLA

1

Naves salen, naves salen  
de la tunezinas calas,  
y de ellas contra el romano  
Hannibal no sacó tantas.

Mil ligeros Amorcillos  
retozan sobre sus gavias  
y a par de las banderolas  
mueven sus ligeras alas.

A los mastiles coronan  
de mirto pomosas ramas  
y festones de laureles  
penden de las popas anchas.

Sobre la estendida quilla  
feroces guerreros vagan,  
que de acerados escudos

brillantes rafagas lanzan.

Hasta las tirantes cuerdas  
llevan sus hierros mil lanzas  
sobre las que el viento silva  
y su imagen el Sol graba.

¿Y si armas para que amores?  
¿Si amores, para que armas?  
Bellos ojos solo vencen  
de Cupído en las campañas.

Y del furibundo Marte  
en las hórridas batallas  
no hieren de amor las viras,  
que hiera la hoz de la Parca.

Se descubre en una nave  
gentil doncella sentada  
para Minerva muy bella,  
para Venus muy armada.

Almayzar rojo se tiende  
sobre la brillante malla,  
que oprime el turgente seno  
y cubre la bella espalda.

Los blondos cabellos libres  
a los puros ayres vagan,  
cual las aguas ondeantes  
y rojos como la llama.

En los brazos fuerte escudo,  
lanza en su mano acerada,  
yelmo luciente en la testa,  
que blandas luces exhala.

En la cimera garzotas  
simetricas se levantan,  
que tiemblan al ser medidas  
blandamente por las auras.

Alta bandera en la popa  
se tiende, cual nieve blanca,  
que «Tarfira y Alí» lleva  
escrito en letras doradas.

¿Donde, donde vas Tarfira?  
Si no vences con tus armas,  
venceras con tu belleza  
cuantos enemigos hayas.

2

Por sereno mar resbalan  
las galeras de Tarfira,  
que ni sacuden los vientos  
ni mecen las blandas brisas.

Sentada sobre sus bancos  
de grumetes las cuadrillas  
hienden con su canto el aire  
y con sus remos las linfas.

Responden lejanos ecos  
de las montañas vecinas  
y los dulces alciones  
de la no lejana orilla.

A las empinadas vergas  
la ociosa vela ceñida  
deja ver a las estrellas  
que con mansa lumbre brillan.

En las cristalinas aguas  
sus ardientes cuerpos pintan  
y parece que las naves  
entre dos cielos caminan.

En el Oriente el piloto  
fija continuo la vista  
por ver si el Alba le trae  
el viento por que suspira.

Ve que la estrella de Venus  
sobre las playas se encima  
y saluda alborozado  
la precursora del día.

Con su lumbre ve a lo léjos  
las elevadas mezquitas

y los fuertes torreones  
de cercano Argel, Tarfira.

Un lastimero gemido  
del hondo del pecho espira  
y con una voz turbada,  
que ahoga en su pecho la ira,

«Cobarde Albumazar -dice-,  
»¿Porque la corona ciñas  
»del argelino descansas  
»en la ociosidad tranquila?

»¿Juzgas firme tu corona,  
»segura tu imperial silla,  
»si corona y silla pierde  
»Arxataf el de Sevilla?

»¿Qué, descansara Fernando  
»ufano de su conquista  
»sin que al hijo de Mahoma  
»en el Africa persiga?

»¿Y aunque no, di, sera honra  
»del hijo de los califas  
»dejar que el cristiano huelle  
»la cerviz de la morisma?

»¿Que humille el de la Judea  
»al Profeta de Medina?  
»¿Que eclipse la Cruz las Lunas?  
»¡Oh negra mengua! ¡O mancilla!

»Solo tú, Alí, tú, bien mio,  
»tienes honra y no serías  
»de Tarfira digno amante  
»si embainaras tu cuchilla.

»El Guadalquivir sus aguas  
»lleva en mora sangre tintas  
»y no hay moros que coronen  
»las murallas de Sevilla,

»los niebladinos tan solo...  
»¡ay!, quizás a esta hora misma  
»con prez de bravo cristiano

»ya Niebla gime cautiva.

»Y tú, mi Alí, tú, no otro,  
»sostienes la lid aun viva,  
»sostenla mientras que llega  
»Tarfira a tu lado y lidia.

»Por Mahoma y por mi amado  
»mis manos la espada esgriman  
»y vibren la fuerte lanza  
»y veloz dardo despidan.

»Si al fortunado Fernando,  
»rey invicto de Castilla,  
»pueden robarse laureles,  
»los ha de robar Tarfira.

»No, no, pues que no hay humano  
»que con Fernando compita,  
»un Dios solo ha de robarlos,  
»Amor, que en mi pecho anida».

Dijo, y el Sol de las aguas  
alza su frente ceñida  
de blandos, tempranos rayos  
que sobre el quieto mar vibran.

Delante de el se levantan  
vientos que las aguas rizan  
y a sus permanentes soplos  
con rumor corren las quillas.

Espumas albas levantan  
con que las proras salpican,  
que se tornan en topacios  
por la nueva luz heridas.

Suelta el grumete los remos,  
las blancas velas se izan  
y hacia las aguas de España  
las bravas galeras viran.

el rey de las luces llega,  
crinando su roja frente  
rayos que el Otoño templá.

Rige su carro de llamas  
por las encumbradas sendas  
que al Crucero y los Triones  
a iguales distancias dejan.

De su pértigo de escarchas  
sacude Arturo las riendas,  
ufano de que es el tiempo  
en que a los cielos impera.

Ya en las Pléyades pluviosas  
dudosa luz centellea,  
anunciando al Equinoccio  
que en veloz paso se acerca,

¡Ay!, que en la celeste cumbre  
inmensas alas despliega  
y, batiéndolas, sacude  
a la pavorida tierra.

Su aliento son Aquilones  
y sus ojos son centellas  
y do quier pone la planta  
súbito nacen tormentas.

Se alzan en los anchos mares  
y amenazan las estrellas  
de turbias aguas montañas,  
que trémulas, balancean.

Del polo escapado el Noto  
sobre la mar brama y vuela,  
y en su soplo las arrolla  
y en las orillas vuela.

Allí rechazadas vuelven  
atras su veloz carrera  
y elevadas las sostienen  
otras que de nuevo llegan.

Mil grupos de pardas nubes  
desde el cielo se despeñan

y tierras y mares cubren  
las pavorosas tinieblas.

Si del Sol algunos rayos  
su negro seno penetran,  
cardena lumbre las pinta,  
palido fuego las quema.

El relampago entre sombras  
en vano a lucir se esfuerza  
y, apenas nacido, muere  
sin dejar de sí ni aun huella.

Rueda el trueno por los cielos,  
sobre la mar se despeña,  
bramando fiero se ahoga  
entre las olas que eleva.

Las galeras de Tarfira  
ni obedecen a las velas  
ni ceden al gobernalle  
ni en las anclas esperan.

Ya suben hasta los cielos,  
ya al suelo de la mar llegan,  
ya se juntan con estruendo,  
ya separadas voltean.

Tales como bello bando  
de palomas ternezuelas,  
si el gavilan las persigue,  
ó ven al aguila artera.

Gime el triste marinero,  
el piloto desespera,  
Tarfira medrosa clama  
con estas palabras tiernas:

«Olas naufragas, si tanto  
»os va en que una amante muera,  
»perdonadme cuando voy  
»y matadme cuando vuelva.

»Llegue yo, llegue a Sevilla,  
»a mi querido Alí vea,  
»lÍbrelo de los cristianos,

»¿que importa que entonces muera?«.

Un relampago encendido  
las vecinas tierras muestra.  
A Abila y a Calpe mira,  
que ante sus ojos se elevan.

«No otros padrones menores  
»y no ménos nobles piedras  
»deben guardar la memoria  
»-dice- de mi grande empresa.

»Muero porque asi los cielos  
»en su furor lo decretan,  
»mas haya mano que ponga  
»en ambos montes tal letra:

»En este mar, pasajero,  
»que las faldas nuestras riega,  
»a Tarfira la de Tunez  
»sepultaron ondas fieras.

»Murió de amante y de osada.  
»Amó a Alí, moro Venega,  
»y osó contra aquel Fernando  
»que invicto canta la tierra,

»No la culpa de la mora  
»le dió muerte tan acerba,  
»sí la fortuna que ampara  
»al hijo de Berenguela».

Dijo, y el Herculeo estrecho  
las medrosas naves dejan  
y el Oceano se tiende  
bajo sus quillas ligeras.

Allí nació la esperanza  
que a la afligida consuela.  
Calla el viento, huyen las nubes:  
presagio de calma presta.

4

Serenos ya mar y cielo,

van de Tarfira las naos  
sulcando las claras aguas  
de estendido Oceano.

Libre ya la bella mora  
del pasado sobresalto,  
de la no lejana costa  
puede gozar los encantos.

Ve las elevadas torres  
que alzó Tarif africano  
a las estendidas faldas  
de Ogén cual las nubes alto.

Vislumbra el famoso alcazar  
en que Guzman el nombrado  
fué buen esposo y buen padre,  
pero fué mejor vasallo.

Ve de Bolonia los muros  
que del tiempo dura mano  
volcó con gozo del moro  
y con dolor del cristiano.

Ciudad que por su belleza  
de «Bellonia» el nombre grato  
logró cuando era pueblo  
y perdió cuando fue campo.

A la fiera mar se abanza  
Trafalgar, temido cabo,  
si por los contornos bello,  
infame por los naufragios.

Enagenada contempla  
aquellos floridos prados  
que de Elisios merecieron  
el sobrenombre sagrado.

Las colinas do terminan  
coronan los pinos altos  
por los vientos sacudidos  
y por la mar salpicados.

Mira a Gades sobre el agua  
altos muros levantando,

la envidia de las naciones  
y el emporio de las naos.

La deseaba el fenicio,  
la robó el peno esforzado,  
la tubo el romano y godo  
y la goza el africano.

El Atlas su altiva cima  
en las aguas va ocultando,  
el Atlas en que las sendas  
Atlante estudió del astro.

De Onuba las cordilleras,  
de rosas y de amarantos  
vestidas, alzan su frente  
junto a el galan lusitano.

De Ronda el enhiesto monte,  
de la España inmortal faro,  
a el cielo lleva sus picos  
con eternas nieves cano.

Entonces astuto el piloto,  
hacia su diestra virando,  
cuidoso busca las bocas  
del Guadalquivir cercano.

Pasa medroso las Sirtes  
con que Natura ha guardado  
a su mas querido río  
que privilegió su mano.

Él, sereno y apacible,  
abriendo su seno incauto,  
recibe las fuertes naves  
que vienen a sojuzgarlo.

Barramet, moro que impera  
de Solúcar en el Fano,  
las lunas ve y las banderas  
por los vientos flameando.

Con dulzainas y añafiles  
festeja al amigo bando.  
Tarfira con atabales

responde al saludo grato.

Hiergue Gibalbín su frente  
tras pinos y alamos blancos  
que desde las bellas playas  
se alzan en risueños prados.

Pastan las gramas y alfalfa,  
beben el aljófara claro  
del sesgo río el cordero,  
toro y andaluz caballo.

De orilla a orilla revuela  
el flamenco purpurado  
y sobre las claras ondas  
nada perezoso el pato.

Y ya la antigua Nebrissa  
se eleva sobre un ribazo,  
se estrecha el tranquilo río  
y riega el mirto sagrado.

Suena atabal y trompeta  
y, las velas amainando,  
las tersas arenas muerde  
del ancla el diente ferrado.

De allí se esparcen escuchas  
al campamento cercano  
y espera Tarfira el día  
del combate suspirado.

5

La noche desde los cielos  
su atezado manto tiende  
tachonado de luceros  
y de estrellas refulgentes.

De adelfas y de beleño  
orlada sus negras sienes,  
velado el cuerpo de sombras  
que a sus tardas plantas crecen.

El carro de ébano rige

que rueda en sus lentos ejes,  
aguijando sus caballos  
que visten nieblas perennes.

Por el cielo resbalando  
la placida Luna viene,  
que de su seno de nacar  
templadas rafagas vierte.

Argenta el tendido prado  
y a las flores que en el duermen,  
da luz dudosa a las selvas,  
blando brillo a las corrientes.

Sobre la espalda del rio  
pinta columna tremente  
y si blandas ondas pasan  
les da lucientes rieles.

Y los sosegados sueños  
de los ayres se desprenden  
que con su aliento suave  
al hombre y la planta aduermen.

Los soldados de Tarfira,  
los pilotos y grumetes  
en sus miembros y ojos lasos  
un no ingrato peso sienten.

Veladoras centinelas  
a las galeras defienden  
y ellos sobre el ancha tilla  
recostados se adormecen.

En rededor revolando  
serenas las auras leves  
sus lasos miembros regalan  
y dan frescura que aliente.

Los tréboles y los mirtos,  
que las orillas guarnecen,  
sueltan fragantes perfumes  
que en sus blandas alas lleven.

La tórtola alla a lo léjos  
arrullo da permanente

tan dulce amigo del sueño  
como de amantes placeres.

Algunos de los guerreros,  
que el sueño rendir no puede,  
ó dulces amores cantan  
ó glorias de mora gente.

Ó entre risas plañcenteras  
las aventuras refieren  
de aquel califa que el nombre  
de alegre y de sabio tiene.

Ó dicen de los Xerifos  
los honores eminentes  
ó cuentan las caravanas  
que a la Meca van ó vienen.

Tarfira sola en la popa  
enagenada revuelve  
mil cuidadosos pensamientos  
y mil males y mil bienes.

Ya dudas y ya temores  
en el triste pecho hierben,  
ya indecisa, ya resuelta,  
sus intentos dan que pene.

Se levanta presurosa,  
los ojos al cielo vuelve,  
llama a un moro y estas voces  
con turbado aliento vierte:

«Ve, corre, corre a Sevilla,  
»buscaras a Alí Hamete,  
»y a solas has de decirle:  
»Alí, ya Tarfira viene.

»Por el lado de los montes  
»aun el moro imperio tiene,  
»que el Guadalquivir estorba  
»al cristiano que alla llegue.

»Aun niebladinos te ayudan  
»y de Sevilla la suerte  
»no al pie de sus mismos muros,

»no, decidirse no debe.

»Ya mas aca de Nebrisa  
sus naves Tarfira tiene.

»Eres adalid experto.

»Bastante te he dicho ¿entiendes?».

6

Ya los candidos caballos  
enjaezados de corales  
de la Aurora sonrosada  
las sendas de Oriente baten.

Con paso magestuoso  
el carro de nacar traen  
sobre rosas y alhelies,  
sobre jazmines fragantes.

Sacudiendo de sus hojas  
las sombras, la flor se abre  
y gratos colores viste  
y aromas vierte su caliz.

En los mastiles posadas  
ó girando por los ayres,  
dan sus tempranos saludos  
a su nueva luz las aves.

Y los ecos, cuyas lenguas  
ligaba sueño suave,  
de las grutas, de los montes,  
bajan a playas y valles.

Suenan en la capitana  
las trompetas y atabales,  
rueda el son sobre las aguas  
y por los prados se esparce.

Sacudiendo de sus miembros  
el soldado vigilante  
el peso que le adormia,  
vaga ya sobre las naves.

Uno las bellas garzotas

compone de su turbante,  
otro de los alquizeles  
las toscas rugas deshace.

Cual cruza sobre la malla  
antes sueltos almayzares,  
cual lanza y escudo empuña,  
cual ciñe valiente alfange.

Los ligeros vientecillos,  
que renaciente Sol trae,  
ondas en el claro rio  
y en los gallardetes hace.

A una voz que da Tarfira,  
planchas en la playa caen  
y entre canciones y vivas  
la gente a tierra sale.

De sus valientes soldados  
intenta hacer alarde  
para conocer sus fuerzas  
y con su voz alentarles.

Tres escuadrones se forman,  
armas, color y plumage,  
dicen que son tres naciones  
las que a la batalla trae.

Pasan los que al ancho Nilo  
beben los claros raudales  
y del estendido Delta  
pisan rojos arenales.

A las alzadas palmeras  
mecen los vientos australes,  
dandoles dulce alimento  
en el desprendido datil.

El sangriento cocodrilo  
con su rugido espantable  
menos hórrido el estruendo  
les hace del fiero Marte.

Cabos amarillos llevan  
en sus candidos ropages,

memorias de que adoraron  
al dorado Sol sus padres.

Las medias lunas coronan  
sus abultados turbantes  
en honor de aquel Mahoma  
que sus ritos logró darles.

Partesanas en sus diestras  
y en la cintura alfanges,  
son las cortadoras armas  
con que van a los combates.

A su frente Abufar viene,  
Abufar moro arrogante  
que en sus esfuerzos es fiera  
y en sus miembros es gigante.

Abufar que solo a veces  
hordas dispersó de alarbes,  
que en fuga llevan su afrenta  
aun mas alla de los mares.

Manifiesta su ufanía  
haciendo que altivo marche,  
que no hay peligros que tema  
ni enemigos que no asalte.

Hijos de la obscura noche  
en pos de si Alafut, trae,  
cual la soledad callados  
y negros como su madre.

Nacidos en las campiñas  
que el fecundo Nilo parte  
de las ocultas regiones  
donde entre peñascos nace.

Campos, en que ruda arena  
Ostro bramador esparce,  
donde no hay yerba ni arbusto  
que las verdes hojas alze.

A el ciervo veloz alcanzan  
ya en el monte, ya en el valle,  
cuando en sus cazas esclavas

las tiernas gazelas hacen.

Al bravo rey de la selva  
en desigual lucha abaten  
y cierran entre sus brazos  
las panteras palpitantes.

Nudos vienen cual las palmas,  
que sus ramas, cual plumage,  
solo tienden en sus cimas  
entre los vientos flotantes.

Ornan su atezada testa  
plumas de pintadas aves  
y en su cintura una banda  
que en frecuentes ondas cae.

En sus manos corvos arcos,  
en las espaldas carcaces  
preñados de largas flechas  
con sus puntas de azabache.

Ya tienen los tunezinos  
de antiguo y noble linage  
que a Bagdad dieron califas  
y a Granada Abencerrages,

Que de los cartagineses  
heredaron suelo y sangre  
y temblar un tiempo hicieron  
aun a Roma la triunfante.

Peto, espaldar, greva y yelmo,  
escudo, espada tajante  
por armas y por adornos  
alquizeles y almayzares.

Celestes plumas ondean  
sobre su testa arrogante  
que los altos pensamientos  
de tal prosapia señalen.

Abenamet los gobierna,  
su honor a España los trae  
y Tarfira los venera  
y su esperanza los hace.

Soltando la bella mora  
voz denodada a los ayres,  
«Tan brava gente -les dice-  
»vence ó muere en el combate.

»No con Fernando y con Vargas,  
»¡Oh, fuertes moros!, lidiais,  
»que lidiais con la Fortuna  
»que quiso ser de su parte.

»Y los héroes africanos  
»que tienen armas y sangre  
»¿las rendiran temerosos?  
»¿las conservaran cobardes?

»Solo el atreverse es triunfo  
»en una lid semejante.  
»Muramos, pero muramos  
»como héroes y como alarbes».

Responden en solo un grito  
en uno tantos responden,  
que atruena las anchas vegas  
y hace silvar a los ayres.

«Como alarbes» solo suena  
y repite el eco «Alarbes».  
Callan y esperan que lides  
la bella Tarfira mande.

Ella escucha silenciosa,  
hace sonar atabales  
y en sus repetidos sonos  
dan señales del embarque.

Desfilan los escuadrones,  
todos vuelven a las naves  
ardiendo en vivos deseos  
de ver los cristianos Martes.

7

Hay un escondido valle  
cercado de altas montañas,

vestidas de madre selvas  
y coronadas de hayas.

El placido Guadaya  
en torcidos giros pasa,  
besando los verdes mirtos  
que descuellan en sus sargas.

Riega avellanos y olmos  
que en las cristalinas aguas  
pintan su tremente imagen  
que hienden anades mansas.

Y las pajizas gayombas  
y rosas rojas y blancas  
tienden delicados tallos  
entre verbenas y gramas.

Allí el aterido soplo  
del Bóreas jamas alcanza  
ni el aburante Solano  
con su ardiente soplo abrasa.

A las aves la frescura  
y la mansa luz alhaga,  
y de dulce Primavera  
siempre el alegre son canta.

En tan encantado circo  
sus muros alza un alcazar  
que al de Bagdag asemeja  
y émulo es del de la Alhambra.

En sus columnas imita  
a una corpulenta palma  
que al techo sustenta el tronco  
y lo adorna con sus ramas.

Circundan sus bellos muros  
galerias prolongadas  
en que se pierde la vista  
y absorta se extasia el alma.

De duras piedras su adorno  
con tal arte cinceladas  
que, cual si fueran de seda,

se pliegan y se dilatan.

Y miles de predrezuelas  
en mil colores bañadas,  
formando bustos y flores,  
el terso suelo recaman.

Aquí lloró Alguadayra,  
la princesa sevillana,  
por imperio de su padre  
amores que no le igualan.

Aquí, pues que de los reyes  
debe ser solo un alcazar,  
la prision, y hecha de flores  
la cadena si la arrastran.

Y ya aquí el tercer Fernando  
que junto a Sevilla acampa,  
cuando no batalla ora  
y cuando no ora descansa.

Aquí un veloz mensajero  
de Tarfira la llegada  
le dice y cual con un dardo  
su regio pecho traspasa.

«Y que ¿seran tantos meses  
»de lides vanos? ¿y vanas  
»seran tan frecuentes luchas?  
»¿tanta sangre derramada?»

Ora postrado y en llanto  
la bordada alfombra empapa.  
Suspira, calla y al cielo  
humilde manos levanta.

Con resuelta voz al cabo  
llama a vigilante guardia  
y dice: «En esta hora misma  
dispon remeros y barcas».

Sulca ya del Guadayra  
las corrientes sosegadas  
que entoldan verdes alerces  
y defienden altas hayas.

Sobre los claros raudales  
las verdosas sombras nadan  
y las rompen los grumetes  
de los remos con las palas.

El ruiseñor y la alondra  
al pasar hacen la salva  
y el hijo de Berenguela  
pensoso navega y calla

Forma sus tristes arrullos  
la tórtola solitaria  
que si al remero embebece,  
al rey redobla sus ansias.

Llega frente de los Gelves,  
do el humilde rio paga  
tributo al Guadalquiviro  
que lo lleva a la mar cana.

De Gelves, a quien celebra  
la clara voz de la fama  
por sus repetidas justas  
y por sus juegos de cañas,

Llega a la torre famosa  
por centinela abanzada  
en dilatados herberos  
y por ser su alcayde Vargas.

Lo saludan los soldados  
con vivas que el alma exhala.  
Sigue y descubre las velas  
que el bravo Bonifaz manda.

Si las naves de Tarfira  
de las suyas tan cercanas  
no teme el fuerte guerrero,  
al menos dudas le asaltan.

Se presenta el noble rey.  
En su frente la esperanza  
con su augusto dedo escribe:  
«Victoria, huestes cristianas».

Revee bravos adalides,  
sus soldados y sus armas.  
«Bonifaz, vence a Tarfira»,  
pronuncia y callan, y calla.

Sobre su noble semblante  
se enciende celeste llama,  
sus rojos labios sonrien,  
vibran sus ojos luz blanda.

«Venceremos a Tarfira»,  
en un grito solo claman.  
Vuelve a su barca Fernando  
y las naves leván anclas.

8

En un poderoso tordo  
que en Tablada va midiendo  
a compases el espacio  
que hay desde la cincha al suelo,

Sale el fuerte Garci-Pérez,  
primero entre los guerreros,  
esperanza de su rey  
y prez del cristiano pueblo.

Va el valeroso ginete  
armado de duro acero  
que encienden en viva lumbre  
del Sol los rayos primeros.

Encarnadas plumas lleva  
y encarnada banda cruza  
en varias ondas el peto.

En medio del ancho escudo  
lleva dorado letrero  
sobre una espada que dice  
«Por mi rey y por mi cielo».

En un alazan le sigue  
un muy apuesto mancebo,  
page suyo de gineta

y en las lides compañero.

Es el alcayde que manda  
la Torre de los Herberos,  
que no a otro entrega su rey  
un tan importante puesto.

Es cual la llave del rio,  
frontera del campamento,  
el amparo de las naves  
y almahacen de pertrechos.

Mas como al lado del rey  
para la lid y el consejo  
no se le encuentra segundo,  
siempre a su lado es primero.

En ellas esta de teniente  
Pedro Lopez Acebedo,  
que a no ser porque hay un Vargas  
el tubiera el primer puesto.

Y como siempre en la guerra  
es de los laureles ciertos  
la vigilancia el presagio  
y del honor el sendero,

Hora que tiene la Torre  
tan cerca enemigos fieros,  
intenta con prevenirlos,  
en el ataque vencerlos.

Va a disponer la defensa,  
va a fortificar los puestos,  
va a repartir fuertes armas,  
va a animar a los guerreros.

Por la alameda de alerces,  
que entoldan el llano suelo  
dandole sombra y frescura,  
va el cristiano caballero.

Ni del claro Sol los rayos  
que hieren ramage espeso  
y forman madejas de oro  
seltas a los vagos vientos;

Ni del jilguero pintado  
que da trinos y gorgoros  
llevados de arbol en arbol  
por los vocingleros ecos;

Ni los saltos ni carreras  
y los divertidos juegos  
que en el solitario bosque  
hacen veloces conejos;

Ni las flores que ó los troncos  
ciñen en abrazo estrecho  
ó graciosas se derraman  
sobre tan limpio terreno;

Ni temor de una celada  
que forme enemigo artero  
en sitio tan mal seguro  
y de los suyos tan léjos;

Nada ve, nada le inquieta,  
ocupado en pensamientos  
tan grandes como su alma,  
tan nobles como su pecho.

Solo Tarfira le ocupa,  
solo medita en el riesgo  
de que se pierdan los frutos  
de tan dilatado asedio.

Diez meses de crudas lides,  
mil muertes de compañeros,  
continuo afan de su rey,  
y esto es lo que siente, esto.

Salen en fin junto al rio,  
a los prados descubiertos,  
y ven hasta doce moros  
armados, fieros y apuestos.

No muy léjos de do iban  
ni del camino muy léjos,  
que vienen a largo trote  
la menuda yerba hiriendo.

Los ve Vargas, los desprecia  
y sigue sus pensamientos,  
solo el page los numera,  
solo se atreve a temerlos.

«Eres uno y ellos doce,  
»eres bravo y bravos ellos,  
»Señor, a nuestros reales  
»mejor es -dice- volvernos».

«Cobarde, vuelvete. Vargas  
»es cristiano y caballero  
»jamás un moro le ha visto  
»a espalda en el campo abierto».

Llegan y los doce moros,  
que ven un valor tan nuevo  
y un tan gentil continente,  
no tardan en conocerlo.

Inmóviles como estatuas,  
ni aun para la fuga aliento  
sienten y se pasa Vargas  
sin volver el rostro a verlos.

Pasa y los tímidos moros,  
aunque ya lo ven tan lejos,  
sin acción y sin palabras  
duran en el mismo puesto.

«Una cófia -Vargas dice-  
»Se ha caído. Atrás, mancebo,  
»atrás, no me harán perderla  
»doce moros más o menos».

Sin esperar la respuesta,  
a su tordo toca el freno  
y si pasó sin mirarlos,  
atrás vuelve sin temerlos.

Lo ven los moros cobardes  
y pensando viene a ellos,  
toman vergonzosa fuga  
a guarecerse en los cerros.

Juzgan tardos los caballos,

de la espuesla romo el hierro,  
el freno inflexible piedra  
y el tendido prado inmenso.

El adalid se sonrie  
y su page toma aliento,  
halla su cófia y se torna  
a su camino primero.

De Tarfira eran escuchas  
los doce que van huyendo.  
No llevan nuevas y llevan  
deshonor, vergüenza y miedo.

La Fama que tiene alas  
veloces cual veloz viento  
y publica con cien lenguas  
y lo prospero y lo adverso,

Dice lo que Vargas hizo,  
lo que los moros hicieron  
y corre de boca en boca  
uno y otro campamento.

Mas aunque la Fama dice  
con cada lengua lo mesmo,  
lo entiende el vulgo ignorante  
como si fuera diverso.

Ya dicen que huir hizo Vargas  
no solo a doce agarenos  
del Guadalquivir a orillas,  
sino dos mil y doscientos.

De Tarfira en las galeras  
va de guerrero en guerrero  
sonando el nombre de Vargas  
entre envidias y entre miedos.

Ya sin entrar en las lides  
logró Vargas el vencerlos.  
¿Si tanto puede su nombre  
que podra su noble acero?

Arroja lejano Polo  
de sus nivosas cavernas  
el Boreas que con sus alas  
sacude mares y tierras.

Hiere las pintadas popas,  
llena las tendidas velas  
de las galeras cristianas  
que contra Tarfira vuelan.

Las ondas del claro rio  
ante las proras elevan  
y para tornar a alzarse  
entre espumas se despeñan.

Los guerreros de Fernando  
van cantando las proezas  
y bendiciendo a los cielos  
que tan felices los llevan.

Por las tendidas marismas  
ir su ansiosa vista dejan,  
que alla en los cielos se pierde  
bañados de luz serena.

Miran el mugidor toro  
ó la pacífica oveja  
ó el gallardísimo potro  
que pasta sabrosa yerba.

Una fusta no muy léjos  
descubren al dar la vuelta  
de un cabo que coronado  
de olmos las corrientes quiebra.

Es de la armada enemiga  
abanzada centinela  
y, al ver las cristianas naves,  
bate remos, velas suelta.

No con mas furor persiguen  
los canes entre las selvas  
al javalí por que ansian  
si descuidado lo encuentran,

Que Bonifaz y los suyos  
a la nave descubierta.  
Con fieros gritos la asustan,  
la maltratan con sus flechas.

Ella su libertad fia  
a su afan y diligencia.  
Su salud no de las armas,  
sino de la fuga espera.

Bonifaz desde su popa  
«Soldados -grita-, esta presa  
»os vale toda la armada  
»enemiga, ¡sús!, a ella.

»Que no reciba Tarfira  
»de nuestra venida nuevas.  
»Entre el descuido y el ocio  
»sera seguro vencerla».

La nave de Nuño Diaz  
de todas la mas velera  
se adelanta y sobre el agua  
no navega, sino vuela.

Gime el robusto remero  
y rechinan las entenas,  
grita el adalid osado  
y los soldados vocean.

Y ya los ferrados dientes  
para el abordage aprestan  
y por lograr ser primeros  
sobre la borda se estrechan.

El piloto de los moros  
incierto vacila, tiembla,  
rige mal el gobernalle,  
vara sobre las arenas.

«Sois prisioneros -les grita  
»Nuño Diaz- las banderas  
»arriad, bajad las armas».  
Responde nube de flechas.

De Farfan llega la nave

y los dos la mora cercan,  
ardiendo en ira el cristiano  
al ver la injusta defensa.

Y no bando de langostas  
del sabroso grano hambrientas  
sobre doradas espigas  
se lanzan en la pradera,

Como irritado se lanza  
de un salto sobre la presa.  
Las espadas a los ayres  
dan luminosas centellas.

Suena el hierro, suena el grito  
de muerte que el viento lleva  
a los ecos asustados  
que mudos callan y tiemblan.

Es todo en la quilla horrores  
y entre la sangre que humea  
se alza la voz de victoria  
que por Fernando celebran.

«El cielo esta por nosotros.  
»Vencirnos la lid primera»,  
claman y siguen el rumbo  
hasta que a Tarfira encuentran.

10

Llenas de gozo las almas  
de los cristianos guerreros  
y llenas las anchas velas  
de próspero y largo viento,

Aprestando fuertes armas  
y maquinas y pertrechos  
y ardiendo en honor y saña  
los pundonorosos pechos,

Va Bonifaz por el rio  
ansiando por el encuentro  
que la suerte de Sevilla  
decida en aquel desierto.

Oye lejanos rumores  
y gritos del agareno,  
indicio de que ya ha sido  
el intento descubierto.

Ve sus naves prevenidas  
a el combate alla a lo luengo,  
ordena al punto las suyas  
como adalid tan experto.

En tres divisiones forma  
sus naves y sus guerreros  
el arabe y asi espera  
el tan dudoso suceso.

Abenamet con la gente  
de Tunez manda en el centro,  
Abufar el diestro lado,  
Alafut manda el siniestro.

Manda la bella Tarfira  
en el buque mas velero  
ó mas bien el amor manda  
y de victoria el deseo.

Quiere la mora estar sola  
por poder estar a un tiempo  
en todo trance llevando  
la flor de los agarenos.

Marchan los buques cristianos  
en media luna dispuestos:  
la izquierda manda Portillo  
y la derecha Morquecho.

Y del Almirante un hijo  
va por capitan del centro,  
honrado como su padre  
y fogoso cual mancebo.

De la mas fuerte galera,  
que defienden cien guerreros  
para toda ocasión prontos,  
Bonifaz lleva el imperio.

Asustan lanzas, que erizan  
a las naves, y en los hierros  
que cortan a sus corrientes  
continuos silvos da el viento.

Alhagan con sus matizes  
en mil colores diversos  
las garzotas y las plumas  
que tiemblan sobre los yelmos.

Deslumbran rafagas vivas  
que de escudos y de petos  
saca el Sol cuando los baña  
con sus brillantes reflejos.

Un grito de furor suena  
cual el bramido del trueno  
que rueda de nube en nube  
los raudos aires rompiendo.

Vuela el Aquilon rugiente  
que de su aterido seno  
lanza el Polo de entre sombras  
que cubren su eterno hielo.

El Genio del mar bramante  
arroja al uracan fiero,  
abortado entre borrascas  
y concebido entre incendios.

Se chocan. Ninguno cede.  
Girne el oprimido suelo.  
Levantán entre sus brazos  
pedras, arboles y techos.

Y en girantes remolinos,  
las altas nubes batiendo,  
rompiéndolas en mil trozos,  
obscurecen tierra y cielo.

Y el rudo fragor retumba  
en el monte y el otero,  
atruena valles y prados  
y hace enmudecer los ecos.

De las contrarias armadas

tal fue el horroroso encuentro.  
Ni ceden ni se adelantan,  
firmes en su primer puesto.

Y llenan los aires flechas,  
lanzas, escudos deshechos,  
piedras, garzotas y plumas,  
trozos de velas y remos.

Del vivo gritos de rabia,  
del herido ay lastimero,  
gemidos del moribundo,  
vertida sangre del muerto.

El Genio del Bétis siente  
de las galeras el peso  
y el hervor de sus raudales,  
y fuera saca su cuello.

La lid mira, se estremece  
y sobre el rugoso seno  
de sus compasivos ojos  
van las lagrimas cayendo.

Al fin el ala derecha  
cede ya del agareno  
y Portillo abordar logra  
la nave de Abufar fiero.

Entra en ella ardiendo en saña,  
hollando vivos y muertos.  
«¿Abufar, do estas? No huyas,  
»combatamos cuerpo a cuerpo».

Abufar, que oye, le insulta.  
Él corre de enojo ciego  
y si es diestro y es valiente,  
Portillo es valiente y diestro.

No los Cíclopes en Etna  
batiendo el ardiente hierro  
dan mas rumor que luchando  
dan ambos fuertes guerreros.

El moro rompe al cristiano  
el duro escudo por medio,

mas el cristiano del moro  
cercena el brazo derecho.

Con el izquierdo pelea  
rabioso por mucho tiempo  
mas con dolor de los suyos  
Portillo le pasa el pecho.

Los moros desalentados,  
que sin caudillo se vieron,  
y sin caudillo que vale  
solo por millares de ellos,

Huyen, mas suena en la tierra  
de pífanos el estruendo  
y de caballos que baten  
con pies trotantes el suelo.

Es Abenut Rey de Niebla,  
que puesto al flanco derecho  
de la armada del cristiano,  
le hace abandonar su puesto.

Replegada se defiende  
mal de dos contrarios diestros.  
Agua y tierra es en su contra,  
y en su favor solo el cielo.

¡Oh, Musa! ¿Tu me abandonas?  
¿Y por que tu voz no siento?  
¿Horrorizada me muestra  
el agua el virginal dedo?

¡Ay! que las linfas sangrientas  
vuelcan abollados yelmos,  
trozos de lanzas, escudos,  
turbantes, plumas y petos,

Y piernas desbaratadas  
y brazos medio deshechos  
y troncos sin pies ni piernas  
y cabezas aun latiendo.

Moribundos que en el labio  
ahoga el rio el ay postrero  
y cuerpos muertos que arrollan

al virar los buques prestos.

Bonifaz, que de los suyos  
ve el estrago y mira el riesgo,  
alzando al cielo los ojos  
de él solo espera el remedio.

11

Con escogidos ginetes  
Vargas de Tablada sale  
porque le manda su rey  
que socorra al Almirante.

Caminan apresurados  
porque de guerra en los trances  
es siempre la diligencia  
de la felicidad madre.

Dicen sobre los amores  
que a Tarfira dejar hacen  
los placeres del palacio  
por los peligros de Marte.

Ó como advertidos hablan  
de los ardidés y artes  
que han de darles la victoria  
en el cercano combate.

Ó ya la belleza admiran  
de los sevillanos valles  
sobre que la bella Flora  
sus fecundas manos abre.

Y viendo en tales vergeles  
bellas flores, luz suave,  
ansian por quitar al moro  
lo que tuvieron sus padres.

Por alameda de alerces  
hacen su oculto viage  
para no ser descubiertos  
de Coria ó de Aznalfarache.

Pasan un bosque de bresos

y a Herberos al cabo salen,  
donde Acebedo y su gente  
ledos saludan su alcayde.

Pisando de la Marisma  
los inmensos arenales  
do levantan los caballos  
dorados granos al aire,

Al Guadalquivir llegaron  
donde breve poso hacen  
y Vargas dice: «Soldados,  
»el moro esta a la otra parte».

Él primero da a la espuela,  
pisa la espalda ondeante  
del sesgo río y los suyos  
se emulan por imitarle.

Del caballo hiende el agua  
el ancho pecho anhelante,  
la hace temblar con su aliento  
y con sus manos la bate.

El escuadron se duplica  
pintando en tersos raudales  
las sombras a los ginetes,  
los caballos y plumages.

Hierven las aguas heridas  
y mil remolinos hacen  
en que bulle blanca espuma  
que al ayre se eleva y cae.

Pisa el caballo la orilla,  
sacude la crin flotante,  
relincha, hiere la arena  
y obedece a el azicate.

Cuidoso Vargas camina  
que de la armada no sabe  
y el corazon en el pecho  
sañoso palpita y late.

Oye al fin rumor lejano  
cual resuena el de los mares

en una callada noche  
en el no lejano valle.

Calla, escucha, ya no duda,  
de pífanos y atabales  
distingue el son y los gritos  
que arroja el marcial coraje.

«Llegamos a tiempo», clama,  
da la espuela a los ijares  
del caballo. Bufa, arranca,  
corre y espumas esparce.

Ve a Abenut encarnizado  
vertiendo cristiana sangre,  
no esperando que por tierra  
el enemigo le asalte.

Sobre el tranquilo rebaño  
no hay lobo que así se lanze,  
como la gente de Vargas  
se abanza sobre el alarbe.

Recibe el choque primero  
sin que supiera esperarle,  
conoce al invicto gefe  
en sus armas y coraje.

Tímidos sus corazones  
en frecuentes golpes laten,  
huyen y Abenamut furioso  
procura el paso cerrarles.

Ya los caballos cristianos  
hollando pasan alarbes,  
bañada la piel sudosa  
en la niebladina sangre.

Y Mahandon, yerno del rey,  
recibe un bote pujante  
sin que de escogidas armas  
el temple a salvarles baste.

El Maestro de Calatrava,  
que junto a Vargas combate,  
arrebata la bandera

de manos del fuerte Tarfe.

Vacila Abenut, blasfema  
y ya no sabe qué mande.  
La morisma sin caudillos  
en grupos anda vagante.

Lanzan los yertos Triones  
al Aquilon derrocante  
que bramando se despeña  
sobre los inmensos mares.

Alza montañosas olas,  
arrolla las altas naves,  
vuelca en la arenosa playa  
a los añosos pinares.

Así el escuadron de Vargas  
arrolla, vuelca y deshace  
a los moros temerosos  
que inútiles lanzas blanden.

Al fin cual suele de abejas  
algun oficioso enjambre,  
si ha perdido la colmena,  
volar por el campo errante,

Y ya remolinos forman,  
en desbandadas se abren  
y a unirse tornan y tornan  
otra vez a dispersarse,

Así el escuadron morisco  
sin orden ni gefes parte  
errando por la llanura,  
aturdido o vacilante.

Los cristianos los persiguen,  
los hieren y los deshacen.  
Muchos nueva muerte buscan  
corriendo a entrar en las naves.

Bonifaz sobre las aguas  
no menor destrozo hace.  
Temiendo el moro la tierra,  
mal en el agua combate.

Seis galeras aprisiona,  
tres sepultó en los raudales,  
algunas veloces huyen,  
otras en vil ocio yacen.

Alafut recibe un golpe  
casi en los últimos trances  
con que la espada de Torres  
su yelmo y su frente abre.

Mas si muere, hiriendo muere,  
como entre los colmenares  
la abeja si ansiosa mano  
llega a tocar sus panales.

Sobre la tilla que hierve  
con tanta espumante sangre,  
muere y al morir se acuerda  
de sus patrios arenales.

Una voz suena que clama:  
«Es muerta Tarfira, alarbes»,  
y los moros de las manos  
las pesadas armas caen.

Todos banderas arrian.  
Suenan ecos funerales  
y gemidos y suspiros  
vuelan a los claros ayres.

A la nave de Tarfira  
compasivo el Almirante  
pasa por ver una mora  
fino modelo de amantes.

En rededor de su rostro  
vagan sombras sepulcrales  
y el oro de sus cabellos  
perdió ya su claro esmalte.

Aun respira y de su peto  
aflojan el correaje  
por ver si a su cruda herida  
hallan remedio que baste.

Ven sus dos turgentes pomos  
que imitan las naturales  
con amarillez de muerte  
y púrpura de la sangre.

El nombre de Alí se ahoga  
en los que fueron corales  
y ya son cardenos labios  
que languidos se entreabren.

Cierra los nublados ojos,  
la testa inanime cae  
y un falleciente suspiro  
del herido pecho sale.

¡Ay! El alma enamorada  
exhala a los puros ayres.  
Mejor muerte merecia  
su valor y amor constante.

12

Antes que la negra noche  
mande los tranquilos sueños  
que del luchador soldado  
aduerman los lasos miembros,

Quiere el cristiano Almirante,  
hoy de laureles cubierto,  
cumplir como buen vasallo  
y como buen caballero.

Al Maestro de Calatrava  
manda a Fernando tercero  
porque las nuevas que lleva  
piden tan buen mensajero.

Con lagrimas de alborozo  
al escribir mancha el pliego  
y la placida alegria  
inunda su hidalgo pecho.

Dice el valor de su gente  
y del moro el ardimiento  
y le dice la victoria

que quiso darles el cielo.

A la infelice Tarfira  
los funerales obsequios  
dispone, que no merece  
su amor y su valor ménos.

Porque es de nobles varones  
exentos de envidia y miedo  
honrar aun del enemigo  
virtud y merecimiento.

Las flamulas y banderas  
y gallardetes son negros  
en la nave de Tarfira  
tristemente al ayre sueltos.

En las bordas y en las cofas,  
entenas y masteleros,  
arden funerales hachas,  
la tilla riega el beleño.

Trompetas y atabal sordos  
tocados de tiempo en tiempo  
dan sus pausados sonos,  
melancólicos lamentos.

Espesas y pardas nubes  
ocultan el firmamento,  
nieblas gravan agua y tierra,  
duerme silencioso el viento.

Solo la obscuridad hienden  
melancólicos reflejos  
que destella Casiopea  
desde el medio de los cielos.

Parece azar que en tal noche  
del moro aumente los duelos  
la memoria de esta reyna  
de desgraciados ejemplos.

Ni rumor de arbol se oye  
ni de las aguas estruendos  
ni de las nocturnas aves  
ronco son y sordo vuelo.

Solo la tórtola gime  
en la selva alla a lo luengo  
No ménos tristes canciones  
de tal muerte digna fuéron.

Callan cristianos y moros  
y de la guerrera el cuerpo  
en el alcazar de popa  
descansa en tapete negro.

En cipres y adormidera  
orlan del largo cabello  
desordenadas madejas  
sueitas sobre el alto seno.

A la próximas orillas  
cuatro agerenos la llevan  
y el Almirante con Vargas  
y Abenamet van tras ellos.

Con triste silencio pasan  
de la morisma por medio  
que ó curiosa los contempla  
ó llorosa esta sintiendo.

Lentos suspiros a veces  
hienden el callado viento  
y el nombre de Alí y Tarifa  
tal cual vez repite el eco.

Ya la dura tierra cae  
sobre el desgraciado cuerpo,  
siendo lo último que cubre  
el virgen, herido seno.

Bonifaz escribir manda  
allí en un cercano fresno  
porque dure su memoria  
a un cristiano tal letrado:

«Las flechas de los amores  
»hirieron feménil pecho  
»y del furibundo Marte  
»las flechas también lo hirieron.

»Por su amante batallaba.  
»No le dió fortuna el cielo.  
»Su amor y valor admira,  
»llora su fin, pasajero».

Hasta la noble memoria  
de los héroes borra el tiempo.  
Respetara al de Tarifa  
de amor y valor modelo.

Porque en venideros dias  
pueda servir de recuerdo,  
Tarifa a estas solas playas  
ha de dar su nombre mesmo.

#### CELINDA ZELOSA

Cuando la rosada Aurora  
llega a las puertas de Oriente  
y en las floridas praderas  
lumbre derrama y placeres,

Sale de Sanlúcar Zayde,  
moro el mas galan y el mas fuerte,  
que amores dijo a las damas  
y fieros dijo a valientes.

Lo vio la bella Celinda  
que no durmió para verle  
y encontró en su vista males  
cuando creyó encontrar bienes.

Va a Alfareche a jugar cañas  
por las paces de los reyes  
Arxataf el de Sevilla  
y el de Granada Muley.

Cabalgaba el fuerte moro  
sobre un alazan valiente,  
como andaluz esforzado,  
gallardo como el ginete.

Rojo vestido le adorna,  
le coronan plumas verdes,

verde alquizel le hermosea  
que las leves auras mueven.

En la punta de la lanza  
un verde pendon se mece,  
verde el campo del escudo  
que cercan verdes laureles,

Con una dorada letra  
en que dice «Por mi ausente»,  
para que su amor constante  
color y letra demuestren.

Lo ve la hermosa Celinda  
y, llena de rabia al verle,  
exclama: «¡Oh moro ingrato!  
»Que color y letra es este?

»¿Sera acaso por la hija  
»del Alcayde de los Gelves  
»que tiene nombre de hermosa  
»y de noble fama tiene?

»De ese nuevo amor, ingrato,  
»diste ocasion que sospeche  
»desde las justas que hizo  
»Arxataf por el setiembre.

»Que no faltó quien me dijo,  
»y lo dijo aunque me pese,  
»que era suya aquella banda  
»que sacaste roja y verde.

»No la quieres por ser bella,  
»no por ser noble la quieres,  
»que en nobleza y hermosura  
»bien sabes que no me excede.

»Sí, porque tu eres mudable  
»mas que el agua que ella bebe  
»del Guadalquivir soberbio  
»donde tu memoria tienes.

»Ala permita, enemigo,  
»por quien soy y por quien eres...»  
Mas iba a decir la mora

que los celos enmudecen.

Zayde la mira ceñudo,  
a su caballo arremete  
con los azicates  
y a su vista desaparece.

## REDUAN Y GAZUL

Reduan sale a la vega,  
a la vega Gazul sale.  
Uno ufano con sus dichas,  
otro triste con pesares.

Uno de amor logra bienes,  
otro de amor llora males,  
porque el amor como es ciego  
dones no iguales reparte.

A Reduan Lindaraja  
esquivo muestra el semblante,  
a Gazul el venturoso  
siempre alhagüeño y suave.

Las empresas y colores  
que ambos llevan en sus trages  
indican el gozo y pena  
que en sus corazones traen.

Lleva de encarnado y verde  
Gazul vestido y plumage,  
de morado y amarillo  
Reduan el arrogante.

Los ve Granada y rezelan  
que la salida en mal pare  
cuantos su valor conocen,  
cuantos sus amores saben.

Reduan a Gazul reta,  
cual si las armas y sangre  
a el ciego amor sus caprichos  
pudieran nunca enfrenarle.

Los halla Muza que vuelve  
de los tristes funelares  
del esforzado Albayaldos  
muerto en furioso combate.

En las manos del Maestre,  
hijo querido de Marte,  
la vida mas no lo honra  
dejó el buen Abencerrage.

Cortesano los saluda  
y se atreve a preguntarles  
la causa de que se muestren  
tan sañudos los semblantes.

Le dicen su desafio  
y que no hay fuerza que basten  
a no ser las de la muerte  
para ponerlos en paces.

Con razones comedidas  
pide Muza que armas bajen  
y que a un Dios de sinrazones  
no hagan sangriento omenage.

Reduan ceder no quiere.  
Clamando por el combate,  
enristra su fuerte lanza  
y dice a Gazul: «¿Que haces?

»Ya de ti y de tus venturas  
»llegó el hora de vengarme».  
«Vengate, si puedes», dice  
Gazul ardiendo en corage.

Revolviendo los caballos  
con esfuerzo y con donaire,  
en repetidos encuentros  
profundas heridas se hacen.

Muza que no vio ventaja  
en ninguna de las partes,  
metiéndose entre los dos  
la sangrienta lid departe.

A Granada se los lleva,

que los brazos a ambos abre  
y recibe si no amigos,  
no enemigos como antes.

## DARAJA ZELOSA

Apenas la bella Aurora  
asoma por el Oriente  
y sobre el herboso prado  
perlas, risas y la luz vierte,

Apenas los pajarillos  
cantan tonadas alegres  
saludando al nuevo día  
que dulce las amanece,

Sale de Sevilla Muza,  
moro el mas apuesto y fuerte,  
entre damas comedido  
y entre guerreros valiente.

Lo ve la hermosa Daraja  
que madrugó para verle,  
porque supo que salia  
a jugar cañas a Gelves.

El alcayde de su torre  
casa su hija con Hamete,  
moro bello cuanto rico,  
rico cuanto bravo y fuerte.

Para celebrar las bodas  
celebrar las justas quiere  
y grandes premios anuncia  
para llamar combatientes.

Sobre un overo robusto  
cabalga el bravo jinete,  
crin crespa, poblada cola,  
ancho pecho y corta frente.

Blanco vestido le cubre,  
con todos los cabos verdes,  
verde almayzar, verdes plumas

y verdes los alquizeles.

Verde el pendon de la lanza,  
del escudo el campo verde  
con una letra en su centro  
que dice «Mientras luciere».

Lo ve Daraja y quisiera  
ser ciega para no verle.  
Por no verle mas al Cielo  
airada los ojos vuelve.

«¿De los hijos de Mahoma,  
»grande Ala -prorrumpe-, es este  
»el amor? ¿Y la fé es esta  
»que un noble moro promete?

»Ya el nombre de esta Lucinda,  
»hija del grande Maestre  
»de la cruz bermeja, suena  
»en Sevilla aunque me pese.

»Ya las finezas de Muza  
me sospeché varias veces  
con esta enemiga mia  
por mi desgraciada suerte,

»¿Pero aquel mote, aquel mote  
»no llevaba el nombre patente  
»de la que le da la insignia  
»y la que la empresa ofrece?

»Lucinda tan solo luce  
»en aquel Mientras luciere  
»y ella luce para Muza  
»y su luz ciego lo tiene.

»¿Y el verde de sus adornos  
»no descubre claramente  
»que es Lucinda su pecho  
»y Lucinda hace que espere?

»¡Traidor! ¿Esperas? ¿y esperas  
»que tu Daraja te deje  
»gozar con ese amor nuevo  
»los gustos que te prometes?

»¿Yo? ¿Yo por una cristiana  
»he de sufrir que me trueques?  
»y por unos garzos ojos  
»mis ojos negros desprecies?

»¿Que un amor de muchos años  
»dejes por uno reciente?  
»¿Que unas promesas antiguas  
»por unas nuevas quiebres?

»Hermanos tengo y hermanos  
»que son deudos de tus reyes  
»y en el campo de Tablada  
»te quitaran el que esperes.

»Aquellas verdes preseas  
»haran que en el polvo vuelques  
»y que muera tu esperanza  
»en la lid en que murieres.

»Y cuando no, hara Mahoma,  
»a quien dejandome ofendes,  
»que a esta tu antigua Daraja  
»tu nueva Lucinda vengue.

»Ella te huira si la buscas,  
»te odiara si tu la quieres,  
»dura sera si tu tierno,  
»si eres fuego sera nieve.

»Has de ver que te abandona  
»por seguir a otro valiente,  
»ella ofendera a mi Muza,  
»como a tu Daraja ofendes.

»No esperes que el justo cielo  
»tu infidelidad tolere.  
»Permitira que te hieran  
»por los filos que me hieres.

»Me gozaré en sus desprecios,  
»me alegraré en sus desdenes,  
»me complaceré en tus penas,  
»me reiré cuando sintieres».

Al decir esto la mora,  
nica en beldad, pobre en suerte,  
entra y se arroja en su lecho,  
hechos sus ojos dos fuentes.

## EN LA MUERTE DE ABENAMAR

1

«Río verde, río verde,  
»¿quien enrojeció tus aguas  
»a que dio placido nombre  
»el color de la esmeralda?

»¿Y quién purpuró la espuma  
»con que tus adelfas bañas  
»y las riegas de carbunclos  
»cuando antes perlas les dabas?

»¿Quién esos rojos carmines  
»en tus arenas derrama  
»que antes tus claros raudales  
»cubrieron de fina plata?

»Floreillas de estas vegas,  
»¿quién vuestras hojas desmaya?  
»vuestro arrebol encendido  
»¿qué mano enemiga apaga?

»Avecillas parladoras,  
»¿por qué vuestro canto calla  
»y mudas sois cuando asoma  
»por el alto Oriente el Alba?

»Ecos que de el monte a el valle  
»de el valle a las cañadas  
»llevais acordes sonos,  
»¿quien? ¿quien vuestras lenguas ata?

»Ninfas del campo de Loja,  
»¿quien a vuestros ojos agua?  
»¿quien ayes a vuestros labios  
»¿desapiadado os arranca?

»Ignorante pasajero,  
»no conociste a Abenamar,  
»noble, galan, esforzado,  
»rico en bienes, grande en fama.

»En las lides arrogante,  
»comedido con las damas,  
»amigo de sus amigos  
»y amante de Lindaraja

»En estas solas riberas  
»el Maestre de Calatrava  
»quitó el amante a la mora  
»y su defensa a Granada.

»No murió como cobarde,  
»cien de las lanzas cristianas  
»desigual batalla hicieron  
»con solas diez moras lanzas.

»Abenamar nunca supo  
»volver al riesgo la espalda.  
»Aquí como Abencerrage  
»derramó su sangre hidalga.

»Aquí dejó sangre y vida  
»a estas praderas lejanas,  
»dejó dolor a su amante  
»y dejó luto a Granada.

»Le lloran las damas moras,  
»suspira el rey en su falta,  
»le lamentan los soldados  
»y aun los cristianos la aman.

»Desde que murió parece  
»que gracias al campo faltan  
»y las Ninfas de río verde  
»le condolemos calladas.

»Para un hombre de sus prendas  
»ningunas lagrimas bastan  
»y los Genios de la guerra  
»luto en el mundo derraman.

»En la silenciosa noche

»resuena una voz cansada  
»de lo cóncavo del monte  
»que triste dice: Abenamar,

»Ve, ve alla a Generalife  
»y dirás a Lindaraja  
»que las Ninfas de río verde  
»en su dolor le acompañan».

2

Sobre el Alhambra retumba  
la trompeta de la Fama  
y en broncos sonos esparce:  
«Murió el valiente Abenamar».

«Murió Abenamar» resuena  
por las calles de Granada.  
«Murió» repiten los ecos  
desde Jaén a la Alhama.

«¡Ala! ¿que rumor es ese?  
»-preguntaba Lindaraja-  
»¿Moros, es cierto? ¿calláis?  
»No sé que presagia el alma.

»Sí, si, que por azar siempre  
»son ciertas las nuevas malas  
»y mucho más si cual éstas  
»son voces anticipadas.

»¿Abenamar en las lides  
»morir? ¿Qué lanza cristina  
»competir por jamás pudo  
»de Abenamar con la lanza?

»¿No llevaba siempre el luto  
»en la punta? ¿No llevaba  
»a muerte de los cristianos  
»y el prez de las moras armas?

»¿Pero una traición acaso...?  
»¿Qué dices desalumbrada,  
»si los moros lo veneran  
»y los cristianos le acatan?

»¿Y el amor, a quién servía  
»y salvado en la batalla?

»Vive mi Abenamar, vive,  
»vive para Undaraja,  
»y yo le tendré en mis brazos  
»antes que las sombras caigan».

En esto vio que subía  
por las cuestas empinadas  
que a Generalife llevan  
un moro, la lanza baja.

Plumas negras en su testa  
al vago viento ondeaban  
y en su mano un roto escudo  
y una deshecha celada.

Tiembla, mira, a mirar torna.  
«¡Ay! -dice con voz turbada-  
»¿no es el paje de jineta  
»del dueño que idolatraba?»

«Murió, murió». Se le helaron  
en los labios las palabras.  
Desmayada la sostienen  
los brazos de sus criadas.

3

En la ciudad de Granada  
se levanta rumor grande  
y hierve inmenso gentío  
por todas las luengas calles.

No hay cabeza que no lleve  
sobre sí negro plumaje,  
no hay pecho a quien banda negra  
no cruce los almaizares.

Y no hay mora que no lleve  
cubierto el triste semblante  
con una atezada toca  
presa con negro cintaje.

Todos callan y se oyen  
tan sólo sentidos ayes  
en los desiertos balcones  
que en mudo silencio yacen.

En sus cubiertas barandas  
lucen hachas funerales  
que no turban vivos vientos  
pues quiso el cielo que callen.

Aun las brillantes estrellas  
su trémula luz no esparcen  
para que al Genil la noche  
con más densas sombras grave.

Moros, aire, estrellas, noche  
el sentido luto hacen  
al cadáver de Abenamar  
que a Granada amigos traen.

Ya por la puerta de Elvira  
entran los Abencerrajes  
en despalmados caballos,  
tardos pisando las calles.

De triste ciprés adornan  
la cabeza en que plumajes  
rojos un tiempo ondeaban  
y las garzotas temblantes.

Arrastrando por el polvo  
las ferradas lanzas traen,  
las que enhiestas caminaban  
cuando iban al combate.

Los Zegríes y Gomeles  
vienen con ellos delante  
y sus ocultos rencores  
hace tal muerto que callen.

En hombros de los soldados  
de Abenamar el cadáver  
viene envuelto en blancos lienzos  
y en torno mil hachas arden.

Viene detrás su caballo

con sus armas relumbrantes,  
que tristemente hacinadas  
sobre los arzones caen.

Llegaron a Vivarrambla,  
donde es forzoso que paren,  
mientras a orillas de Darro  
el triste sepulcro abren,

Para que a la honrosa tumba  
bese el río cuando pase  
y del muerto la memoria  
al Betis pueda llevarle.

No hay quien allí no le llore  
y no hay allí quien no hable  
de las virtudes del moro  
que la Fama hace inmortales.

Lo dan a la dura tierra  
cuidando de que se alce  
sobre la tumba una piedra  
do su memoria se grabe.

«Pasajero -así escribían-,  
»Abenamar aquí yace,  
»amado en vida y en muerte.  
»Llóralo y pasa adelante».

En la calle en que vivía  
manda el rey Chico se estampe  
«Calle del moro Abenamar»  
y que siempre así se llame.

A ruegos de sus amigos,  
tal letra escribir le place  
para gloria de un valiente  
que lloraran las edades.

Vendrá un tiempo en que en Granada  
un Fernando entre triunfante  
y respetará tal letra  
y hará que el nombre se guarde.